



HARLEQUIN™

Jazmín™

Seducir a una mujer

Linda Goodnight



Seducir a una mujer

Linda Goodnight



HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Linda Goodnight. Todos los derechos reservados.
SEDUCIR A UNA MUJER, N.º 2244 - 14.1.09
Título original: Winning the Single Mum's Heart
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, logotipo Harlequin y Jazmín son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8136-4
Editor responsable: Luis Pugni

CAPÍTULO 1

NATALIE Thompson estaba un poco mareada. En realidad, estaba muy mareada. ¿No sería asombroso que la creadora de la tarta sufriera un colapso y se desplomara sobre la sofisticada y carísima tarta nupcial de cinco pisos que estaba decorando?

—Ahora no, ahora no —susurró desesperada en voz baja, y se sopló un mechón de pelo rubio para apartárselo de los ojos.

El murmullo de los invitados que entraban en el espacioso salón de bodas la hizo apresurarse.

Con dedos temblorosos, realizó el retoque final al piso superior de la tarta. Como empresa dedicada a la organización de bodas, tanto Natalie como sus mejores amigas y colegas, conocidas como las Bodas Bellas, se enorgullecían de hacer realidad el sueño más romántico de las demás mujeres. Pero en aquel momento, su sueño más ansiado era continuar en pie y sin perder el conocimiento al menos otros diez minutos.

El aire empezó a bailar delante de sus ojos con puntos negros. Diez minutos quizá fuera pedir demasiado.

Oh, ¿y por qué no se había tomado un momento para comer algo? Con todo el jaleo de los preparativos de la boda, seguro que había utilizado todo el

azúcar de su cuerpo y ahora su insulina necesitaba lograr el equilibrio con una dosis de alimento.

La diabetes, la pesadilla de su vida desde los siete años, era siempre implacable.

Una montaña de azúcar delante de sus narices y no se atrevía a llevarse unas migajas a la boca por miedo a destruir la tarta perfecta a la que había dedicado días de trabajo. Aunque tampoco podía tomar azúcar, por supuesto.

Un poco sin respiración, Natalie retrocedió para contemplar su obra. Era la primera boda del año en celebrarse poco antes de las Navidades y la tarta se alzaba majestuosamente sobre un pedestal decorado con motivos navideños y bajo un arco de luces en forma de copos de nieve de color plata, azul y blanco. La mesa estaba envuelta en satén blanco con lazos azules y campanitas plateadas, una idea que Serena, la diseñadora de trajes de Bodas Bellas, había llevado junto con otras novedades de la feria de eventos nupciales de Seattle. De la feria y del accidente de avión que sufrió y que tanto asustó a sus amigas y colegas, Serena también había llevado algo más. Un piloto audaz y apuesto, Kane Wiley, que cada vez que la miraba parecía dispuesto a comérsela como si fuera el último trozo de tarta de queso con vainilla.

Ah, sí, tarta de queso. Azúcar. Comida. Su trabajo y su dilema.

Todo estaba preparado para la recepción, pero ella no pensaba tocarlo hasta que entrara la novia, por mucho que le temblaran las rodillas.

—Natalie, ¿estás bien? No tienes buen aspecto.

Quien hablaba era Regina O’Ryan, buena amiga de Natalie y fotógrafa oficial de Bodas Bellas. Aun-

que siempre se había quejado de sus generosas caderas y sus sempiternos cinco kilos de más, Regina estaba estupenda. Radiante, realizada y felizmente casada.

Todas las amigas y conocidas de Natalie parecían enamorarse a velocidad vertiginosa, y Natalie se alegraba por ellas, especialmente después de lo mucho que había sufrido Regina. En su opinión, el amor era maravilloso, hasta que dejaba de serlo.

Una punzada de amargura le encogió el pecho. Aquél no era el momento de recordar el pasado. Ni tampoco de desplomarse contra el suelo.

—Bajón de insulina —dijo a su amiga—. No es nada.

Todas las amigas de Natalie estaban al corriente de su diabetes y siempre se apresuraban a ayudarla, pero en aquel momento estaban demasiado ocupadas para encargarse de su temperamental sistema endocrino.

—Ya vienen los novios. Más vale que vayas —le apuró Natalie.

Regina miró en dirección al arco de entrada.

—Es cierto, no me puedo perder la entrada de los novios —Regina le señaló una bandeja de fruta que se hallaba al otro lado del salón—. Vete a comer algo, ahora mismo —le ordenó antes de alejarse con pasos apresurados.

Comer algo, se repitió Natalie. Buen consejo, eso era precisamente lo que tenía que hacer.

En el lado opuesto del gran salón de baile y sobre una mesa elegantemente engalanada, había bandejas con todo tipo de frutas: fresas, uvas, melón, piña y un sinfín más, y Natalie pensó que podría hacerse con un trozo sin que nadie se diera cuenta. Mientras caminaba hacia allí, el temblor de las rodillas se hizo

más pronunciado. Normalmente, Natalie era muy cuidadosa con lo que comía, pero la canguro de las gemelas la había llamado en el último momento diciéndole que estaba enferma, y ella se había visto obligada a vestir a las niñas y llevarlas al colegio personalmente, por lo que no le había quedado tiempo para pensar en comer.

Ahora no podía pensar en otra cosa. Un racimo de jugosas uvas verdes parecía mirarla desde la mesa y decirle «cómeme, cómeme». Natalie estiró la mano para hacerse con él, pero en ese momento una voz masculina la detuvo.

—¡Natalie!

Como si fuera una niña sorprendida a punto de robar un caramelo, Natalie retiró la mano y se giró en redondo. Y con ella todo el salón.

—¡Eh! —un par de fuertes manos la sujetó por los brazos—. Cuidado. ¿Te encuentras bien? ¿Tanto te ha sorprendido verme?

¿Sorprendido? ¿Qué quería decir? ¿Y quién era? Natalie parpadeó. El invitado olía a perfume caro, y era muy alto, aunque la diferencia de estatura no era ninguna novedad. Para su metro y medio de estatura prácticamente todo el mundo era alto.

—¿Natalie?

La voz le recordaba a alguien, pero ella estaba cada vez más ida, lo que le ocurría siempre que sufría una bajada de azúcar. De un momento a otro caería al suelo y daría todo un espectáculo.

—Fruta —susurró ella con los ojos casi cerrados—. Diabetes.

El desconocido no titubeó. Con eficacia sorprendente, le metió dos trozos de melón dulce y jugoso entre los labios y, sujetándola por la cintura, la llevó

hasta una silla que había junto a la pared. De no haberse encontrado tan terriblemente mal, Natalie incluso habría podido disfrutar de dejar que un hombre volviera a cuidar de ella.

Aunque quizá no. Lo único que había jurado no volver a hacer era depender de nadie, y menos de un hombre. No porque Justin no la amara, sino porque la amaba demasiado. Tanto que durante su matrimonio ella dependía de él absolutamente para todo.

—Había olvidado que eras diabética —dijo la voz masculina, grave y sensual, mientras el hombre seguía metiéndole fruta en la boca.

En cualquier otro momento, el roce de los dedos masculinos en los labios hubiera podido ser de lo más erótico.

¿Se había olvidado? ¿Quién era?

Natalie intentó mirarlo, pero no podía abrir los ojos.

Masticó y tragó, masticó y tragó, agradecida a quien fuera.

A lo lejos, oyó la voz del pinchadiscos anunciar el primer baile y una sensual versión de *Let's Get It On* empezó a sonar por los altavoces.

A Natalie le pareció una elección extraña. Si ella fuera la novia, habría elegido algo más sentimental y romántico. Pero ella no iba a volver a casarse. El príncipe azul sólo aparecía una vez, y el suyo ya había aparecido, y desaparecido.

—Natalie —dijo el hombre separándole los labios—. Un poco más.

Obediente, Natalie abrió la boca. El corazón ya no le latía tan desbocadamente y estaba empezando a recuperarse. Levantó los párpados y pestañeó. Delante de ella, un par de ojos cálidos color chocolate

la miraban. Vestido con un traje negro, el hombre estaba agachado delante de ella, con un plato de fruta sobre el muslo.

El corazón de Natalie latió una vez, con fuerza.

—¿Cooper? —exclamó casi sin voz—. ¿Qué haces aquí? ¿Eres tú de verdad?

El doctor Cooper Sullivan le dedicó la amplia y atractiva sonrisa que había robado tantos corazones de compañeras suyas en la universidad.

—Lo era la última vez que me he mirado al espejo.

—Pero estás en California —dijo ella irguiendo la espalda.

Cooper miró a su alrededor, sonriendo.

—¿Ah, sí?

—Bueno, estás aquí, sí, pero quería decir... —Natalie se estaba poniendo en ridículo, aunque siempre podía achacarlo al bajón de azúcar.

—En este momento estoy asistiendo a la boda de un colega. ¿Amigos mutuos, quizá?

—No, no. Clientes. Estoy trabajando —Natalie señaló con la cabeza hacia la mesa donde una preciosa pelirroja vestida de satén azul servía tarta a los invitados—. Sólo que ya tenía que haberme ido. El hada de la tarta desaparece en cuanto termina su trabajo. Normalmente.

—¿El hada de la tarta? —Cooper alzó una ceja.

Natalie asintió, viendo las cosas cada vez con más claridad.

—Diseño y hago tartas de boda con Bodas Bellas.

Y se le daba muy bien. Natalie era capaz de convertir cualquier idea en una tarta nupcial fabulosa. Justin se había reído cuando Natalie se apuntó a un curso de diseño de tartas, pero ahora ella daba gracias a Dios de haberlo hecho. Si no, las gemelas y ella ten-

drían que depender económicamente de sus parientes, y la sola idea le ponía los pelos de punta. Incluso así, con un trabajo, su situación económica era difícil.

—¿Te encuentras mejor? —dijo Cooper poniéndose en pie.

—Sí, gracias. Ya sé que no debo saltarme la comida, pero a veces se me pasa por completo.

—Estabas blanca como el vestido de la novia —dijo él sentándose en una silla a su lado, como si no tuviera ninguna prisa por reunirse con los demás invitados—. ¿Está Justin al tanto de estos episodios?

A Natalie se le cayó el alma a los pies. Cooper no lo sabía. Cooper Sullivan había sido el mejor amigo de Justin tanto en el instituto como en la facultad de medicina, pero sus caminos se separaron después de la licenciatura. De hecho, tras la boda de Natalie y Justin, de la que habían pasado más de diez años.

—Oh, Cooper —Natalie le tomó la mano para amortiguar el golpe—. Justin murió.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Cómo? Natalie, no.

Incluso después de tanto tiempo, Natalie sintió el desgarrar del dolor. Pero rápidamente lo sustituyó por rabia. Si Justin hubiera sido un poco más sensato, si hubiera amado más a las gemelas y a ella, todavía estaría allí.

—Hace dos años. En un accidente de moto.

De nada servía repasar los terribles detalles. Cuando una moto chocaba contra un camión, siempre llevaba las de perder.

—Dios —Cooper se pasó la mano por los cabellos negros—. Nat, lo siento muchísimo. ¿Estás bien? Deberías haberme llamado.

Natalie prefirió no mencionar que fue él quien se alejó de sus vidas al mudarse a California y no vol-

ver a ponerse en contacto con ellos. Ni tampoco la eterna rivalidad entre los dos amigos, que no se limitó sólo a los estudios y los deportes, sino también a ella. Y cuando ella eligió a Justin, su amistad terminó. Aunque Natalie siempre supo que no era ella lo que Cooper deseaba, sino sentir el placer de la victoria frente a su gran rival.

—Las niñas y yo estamos bien, Cooper. La muerte de Justin fue un golpe muy duro, pero nos las arreglamos.

Lo cierto era que apenas se mantenían a flote.

—¿Las niñas? —repitió él sin comprender.

Evidentemente, tampoco sabía que Justin la dejó con dos hijas maravillosas.

—Gemelas. Rose y Lily. Tienen ocho años.

—Gemelas. Increíble —dijo él sacudiendo la cabeza—. Así que Justin tenía dos hijas. Me encantaría conocerlas.

Natalie hizo caso omiso de la sutil indirecta.

—¿Y tú? ¿Qué haces de nuevo en Boston, después de tanto tiempo?

—Ya estaba un poco cansado de tanto sol y buen tiempo —respondió él con la sensual sonrisa que le caracterizaba—. Necesitaba sentir los vientos fríos del Atlántico. Nieve, lluvia, aire frío.

—No, en serio. ¿Has venido sólo para la boda? ¿A ver a algún amigo? ¿A alguien especial?

—No, aunque mi familia vive aquí, he vuelto para quedarme —dijo él haciéndose con una fresa.

Oh, sí, ¿cómo olvidar que Cooper era uno de los Sullivan, una de las familias con más influencia política de todo Massachusetts?

—Estarán encantados de tenerte aquí. ¿Dónde vas a ejercer?

Un extraño brillo cruzó por un momento por los ojos de Cooper al oír la mención de su familia.

—En el departamento de cirugía del Children's. Un hospital de primera línea con una inmejorable reputación.

Por supuesto que sí. De hecho, era uno de los mejores hospitales infantiles de la zona.

—Enhorabuena.

Y seguramente, Cooper era uno de sus cirujanos mejor pagados. Cooper había sido el número uno de su facultad, algo que sacaba a Justin de sus casillas. Natalie no tenía que preguntar para saber que Cooper también había sido el primero de su especialidad en California, así como en su residencia y su práctica profesional.

El doctor Cooper Sullivan era la persona más inteligente que había conocido. De hecho, parecía incapaz de fracasar en nada. El éxito le era prácticamente innato. El único problema de Cooper era su actitud. Siempre quería ganar, siempre quería ser el primero, y era la misma actitud que tenía con su vida amorosa. ¿Habría salido alguna vez con una mujer porque le gustara en lugar de considerarla un trofeo alcanzado más? Natalie sabía que Justin la amó por lo que era; Cooper, sin embargo, siempre la vio como un reto, un Everest que escalar y conquistar.

Cooper Sullivan no era su tipo. Aunque ella no estaba buscando a nadie, se recordó.

Los invitados bailaban frenéticamente en la pista de baile. Bella Mackenzie, la propietaria de Bodas Bellas y jefa de Natalie, se movía entre ellos comprobando que todo fuera a la perfección. El estilo sureño y cálido de Bella, así como su dedicación y entrega a la gente eran la base del éxito de Bodas

Bellas. A Bella no se le pasaba nunca nada por alto, y sin duda ahora también tenía que haberse dado cuenta de que su diseñadora de tartas estaba pres-tando una atención inusitada a un atractivo invitado moreno.

—Tengo que irme —Natalie se puso en pie.

Pero Cooper le sujetó la mano.

—Baila primero conmigo.

Ella intentó zafarse.

—No soy una invitada.

Él sonrió.

—Yo sí.

Sin permitirle más protestas, Cooper la rodeó con sus brazos y la llevó a la pista. Por una décima de segundo, Natalie estuvo a punto de empujarlo. Al muy arrogante ni siquiera se le había pasado por la imaginación que no quisiera bailar con él.

Pero Natalie se tragó su irritación y lo siguió. Después de todo, había sido el mejor amigo de Justin y hacía tan sólo un momento la ayudó a recuperarse de un incipiente coma diabético. Además, él llevaba mucho tiempo fuera de Boston; quizá al verla se sintió aliviado de encontrar una cara conocida en un mar de caras nuevas. Lo mínimo que podía hacer era bailar con él.

A ella le encantaba bailar. En el instituto estuvo en el grupo de baile y durante años asistió a clases de danza jazz y claqué. Justin le prometió tomar clases de baile de salón en cuanto terminara la especialidad, y Natalie seguía furiosa con él por haberlo dejado siempre para más adelante, como hacía con tantas cosas, incluido hacerse un seguro de vida.

Claro que, algo que nunca dejaba para más adelante era gastar. Si cualquiera de los dos quería algo,

por caro que fuera, lo compraba a crédito. Según él, todos los residentes vivían a crédito, conscientes de que en cuanto terminaran la especialidad y empezaran a trabajar ganarían un montón de dinero. Natalie le creyó y como resultado todavía estaba pagando sus deudas, letra a letra, mes a mes.

—Ha sido una sorpresa muy agradable —murmuró él sonriéndole con su devastadora sonrisa.

Devastador, eso era lo que era. Muy, muy devastador. Moreno, muy moreno, de pestañas largas también negras y ojos oscuros, tenía todo el aspecto de un modelo o una estrella de Hollywood.

Y bailaba bastante bien, la verdad, se dijo ella dejándose llevar por él, que la guiaba con naturalidad al ritmo de la música.

Durante la primera vuelta, Cooper la mantuvo separada y habló de cosas intrascendentes. Durante la segunda, la pegó a su pecho y le cubrió la mano con la suya. Natalie no pudo evitar inhalar su olor y sentir su calor. Hacía mucho tiempo que no estaba en los brazos de un hombre y siempre le habían encantado las maravillosas diferencias entre el físico masculino y el femenino. Duro contra suave. Fuerte contra delicado. Grande contra pequeño. Más tarde tendría que recordarse toda la lista de razones por las que no quería volver a entablar una relación sentimental con ningún hombre.

Cuando la música terminó, Natalie dio un paso atrás, pero Cooper no la soltó.

—No tienes que marcharte. Hace mucho que no nos vemos. Tenemos que contarnos muchas cosas.

Natalie miró a su alrededor y vio a Bella hablar con la madre del novio. Su jefa alzó una copa de vino en su dirección arqueando una ceja. Qué bien.